
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Pronósticos agoreros

Como consecuencia directa de la tragedia ocurrida en la estación de Plaza Once han comenzado a circular unas encuestas con datos desfavorables para el gobierno en general y para la presidente en particular. Hasta antes del episodio que le costó la vida a 51 personas y dejó heridas a otras 600, poco más o menos, la imagen positiva de Cristina Fernández orillaba 65 %. Un porcentaje envidiable si se tiene en cuenta que el ajuste ya había sido anunciado y el caso Ciccone, que involucra de lleno a Amado Boudou, había tomado estado público y era fogueado sin descanso por *La Nación* y *Clarín* día tras día. Es cierto que todavía el conflicto docente no estaba en su punto álgido —como ahora— y que los enfrentamientos de la Casa Rosada con Mauricio Macri no habían recrudecido, pero de todas maneras Cristina Fernández tenía motivos para estar satisfecha con tamaña muestra de apoyo y popularidad.

Los relevamientos hechos después de la tragedia de Once muestran una declinación de la imagen de la presidente de diez puntos en el ámbito nacional y otro tanto en el distrito metropolitano. Con base en estos números una verdadera legión de analistas ha puesto énfasis en el hecho de que algo importante ha cambiado en términos de la opinión pública y que el *relato* kirchnerista ya no obra el efecto de encantamiento de otrora.

Conviene, al respecto, ir por partes. La caída de Cristina Fernández en la consideración de la gente no es un invento de las usinas propagandísticas de la oposición ni forma parte de un plan destituyente. Por mucho que lo niegue el coro estable progubernamental, los hechos antes mencionados han producido algún daño en la sólida coraza kirchnerista. Que en tan poco tiempo la señora haya dejado en el camino 10 % de su buena imagen debe ser materia de preocupación; pero deducir de semejantes evidencias que los K han sufrido una derrota o que ha comenzado para ellos un camino de difícil retorno es hilar demasiado fino o exagerar de manera abusiva las cosas.

Si un hecho luctuoso de las características del comentado hubiera pasado desapercibido o no hubiese generado impacto alguno en la sociedad, habría que pensar que somos un conjunto de insensibles sin remedio. De modo tal que las encuestas transparentan una reacción enteramente lógica de una parte minoritaria de los argentinos que, al momento del choque terrible del convoy ferroviario, tenía una opinión excelente de Cristina Fernández.

La presidente no se desmoronó, ni mucho menos, por un episodio que en otros países —no necesariamente subdesarrollados como el nuestro— podría costarle el poder a administraciones que lo sufrieran en carne propia. Sin ir tan lejos y salvando las inocultables diferencias hallables entre el ex-intendente de la Capital Federal y la viuda de Kirchner, repárese en el precio que debió pagar Aníbal Ibarra por lo ocurrido en un recital de rock. El horror, pues, no siempre es juzgado de la misma forma por una misma comunidad de personas.

Apuntar que en las encuestas empiezan a flaquear los apoyos de la población; que la pulseada con los docentes desnuda la inoperancia oficialista; que las diferencias con Hugo Moyano se ensanchan sin solución a la vista; que el precio del petróleo sigue aumentando y sus efectos se hacen notar en las cada vez mayores importaciones energéticas; que las consecuencias de la *sintonía fina* comienzan a sentirse en todo el país; que el juez de Nueva York, Thomas Griesa, amenazó con poner patas para arriba el tinglado montado por el gobierno nacional con su renegociación compulsiva de la deuda; y que ni el escándalo de Ciccone ni el recuerdo de los muertos de Once se olvidarán así de simple, puede confundir el análisis si se exageran las conclusiones.

Todo lo enunciado más arriba es cierto y, sin embargo, sumados sus efectos la conclusión a la cual llegamos no se compadece en absoluto con esa suerte de escenario apocalíptico que imaginan muchos. Entre otras razones porque:

1) las encuestas de opinión no adelantan la voluntad electoral de los mortales: se puede tener escasa consideración por un candidato X y, no obstante, votarlo;

2) enfrente de Cristina Fernández todavía no hay nadie que pueda capitalizar el descontento que producen el alza de los precios, las huelgas docentes, la corrupción institucionalizada y catástrofes como las del ferrocarril —Mauricio Macri, el único en condiciones de lograrlo, tiene un largo e incierto camino por recorrer, erizado de dificultades y lleno de trampas puestas a propósito por el kirchnerismo;

y 3) la principal fortaleza del *modelo* —la soja— no deja de crecer en términos de precio. El alza internacional de la *vedette* de la economía argentina es un hecho.

La oleaginosa estaba hace dos meses en U\$ 400 la tonelada y ahora roza los U\$ 500. Las mermas de los ingresos por exportaciones debido al efecto de la sequía que se abatió sobre el campo —estimadas en casi U\$ 5000 MM— no serán tan considerables. Y si se cumpliesen los vaticinios de algunos expertos en mercados agrícolas, a mediados de año el valor de la soja podría estar cerca de U\$ 520 la tonelada. En este caso, no sólo la actual administración estaría en condiciones de lograr el nivel de divisas previsto en el presupuesto sino que, más allá de la caída de las toneladas cosechadas, no sería de extrañar que lo superase.

En un régimen parlamentarista, sujeto a los vaivenes electorales de los votos de confianza, cabría imaginar la situación de Cristina Fernández más complicada. Pero el presidencialismo imperante, el unitarismo fiscal y la reina de las oleaginosas en alza, hacen que las inocultables complicaciones que aquejan al gobierno no pasen a mayores. Cuando menos de momento. Hasta la próxima semana.

La reforma monetaria
Qué se puede esperar

- En un sistema de flotación la totalidad de las reservas es contrapartida del circulante; la disminución de respaldo significa una defraudación hacia los tenedores de circulante.

Los principales perjudicados, en ese caso, son quienes tienen la principal porción de su capital en moneda local; es decir, los segmentos socioeconómicos más relegados.

- El hecho de que el fisco pase a tener libre acceso al stock de reservas —dólares que, repetimos, debieran resguardar exclusivamente al circulante— no resuelve el problema creciente de nuestros flujos de divisas (menguantes en el plano comercial, francamente negativos en el plano financiero).
 - Atender vencimientos —es decir, flujos de egresos— con stock en lugar de con ingresos genuinos significa descapitalizarse y tiene un recorrido forzosamente finito.
 - El problema se ve agravado por el veloz y ahora asegurado crecimiento de la base monetaria —originado en buena medida en la emisión para sostener al fisco.
El público debe percibir que la base monetaria está adecuadamente respaldada por el nivel de reservas; cuando no ve respaldo, la gente huye del peso.
 - Si a esto añadimos el hecho de que las reservas netas efectivas del BCRA son drásticamente inferiores a las brutas queda claro que se compra algo de tiempo pero el problema de fondo sigue en pie y se incrementa el potencial del estallido.
 - En resumen:
 - Estas medidas no apuntan a morigerar —en realidad, agravarán— el deterioro paulatino que viene sufriendo el excedente comercial y el ritmo de salida de capitales.
 - El vago compromiso con la tradicional misión de defender del valor de la moneda concede más margen para emitir.
 - Menos reservas en divisas de un lado y más pesos del otro significan menos respaldo y más riesgo cambiario.
- Según lo anunciado, el directorio será quien definirá las reservas necesarias para “el normal funcionamiento del mercado cambiario, tomando en consideración la evolución de las cuentas externas”.

- Cabe inferir que lo que se busca, en un período de cuentas externas complicadas como el que se viene atravesando, es que el gobierno pueda contar con dólares de las reservas en sustitución de las divisas que ni el giro comercial ni el financiero generan.
 - Pero tolerar menos reservas cuando las cuentas —es decir, los flujos— son desfavorables es un remedio, además de breve, contraproducente.
 - Como es lógico, el público admite un menor nivel de respaldo cuando las cuentas externas son excedentarias; inversamente, exigirá más respaldo cuando están complicadas.
 - Y si las cuentas externas son deficitarias, no estará en manos del directorio el poder aumentar las reservas.
- Las modificaciones concederán un auxilio invaluable al Tesoro pero con el tiempo vaciarán al Banco Central y, consiguientemente, degradarán nuestro sistema monetario.
 - Vinimos advirtiendo desde hace ya un año que las estrecheces de la caja de dólares y las peripecias cambiarias constituían el más grave desafío económico que enfrentaba el gobierno; seguirán representando la principal amenaza.
 - Obviamente, de la presentación de este proyecto de reforma se puede concluir que la inflación no sólo llegó para quedarse sino que irá por más.

Consiguientemente, el atraso cambiario seguirá acentuándose.

- Con razón, la gente confiará menos en el peso porque ahora la expansión monetaria carecerá de otro freno que no sea el antojo del gobierno.
 - Los ahorristas seguirán demandando dólares en un mercado informal cada vez más clandestino.
- En la visión oficial, el control policíaco implantado en torno al mercado cambiario es el instrumento que lo resguardará de previsibles presiones devaluatorias resultantes del franco recorte al respaldo monetario que significan estos cambios a la carta orgánica.
 - La visión oficial es controlarlo todo: las restricciones al acceso a las divisas debieran impedir que la progresiva falta de respaldo del peso se transparente en el tipo de cambio.
 - El nuevo entramado cambiario y monetario tiende a convertir en delincuentes a todos aquellos que busquen refugio en monedas confiables.
 - Obviamente, el rumbo elegido es un mercado negro restringido pero con una brecha cambiaria cada vez más amplia.

Secciones del Informe completo

- ◆ *Crónicas políticas*
- ◆ La reforma monetaria (I)
La clave de una tediosa perorata
- ◆ La reforma monetaria (II)
El por qué
- ◆ La reforma monetaria (III)
Qué se puede esperar
- ◆ La reforma monetaria (IV)
Discrecionalidad y progresismo de amigos